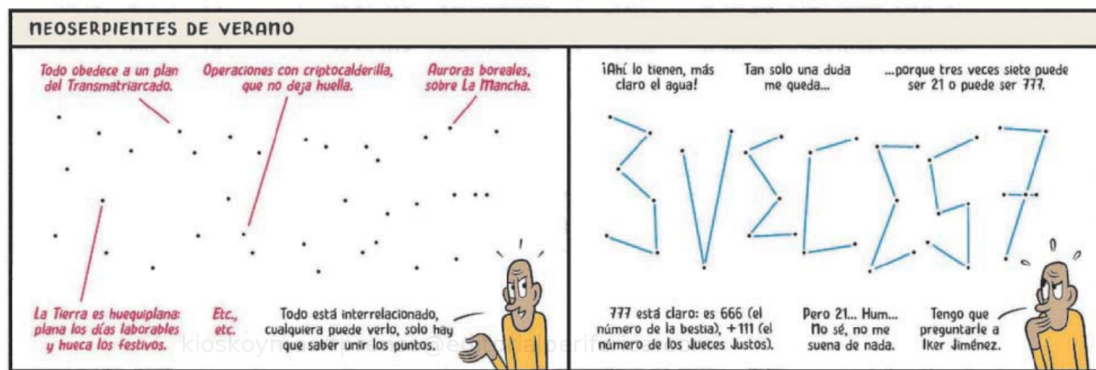


LIBROS CRÍTICAS

TRAMPANTOJO / MAX



NARRATIVA

La leve importancia del verano

Francesco Pecoraro regresa en su nueva novela a la cumbre del G8 en Génova en 2001 y las manifestaciones antiglobalización para hablar del desencanto de una generación

Por Leonardo Padura

Es el verano de 2001. Justamente el 20 de julio. Y mientras Roma sufre la intensidad bochornosa de la estación, una manifestación de militantes antiglobalización protesta en Génova. Allí, bajo el manto que les ofrece el entonces primer ministro Silvio Berlusconi, se reúne el G8, la cara visible de ese monstruo difuso pero tan voraz del capital internacional neoliberal, vencedor de la disputa histórica saldada con el fin (¿el fin?) de la Guerra Fría. Es un instante en que el mundo, tan cambiado en los años anteriores, pretende asentarse bajo el dominio de ese tenebroso poder. Sin embargo, ya lo sabremos, ya lo sabe y nos lo recuerda Francesco Pecoraro, el autor de *Lo único que importa es el verano*, en el horizonte inmediato y mediato ocurrirán convulsiones que lo alterarán.

EL LIBRO DE LA SEMANA



presente de una amistad: la que desde el instituto se profesan los jóvenes romanos, pequeños burgueses y ahora treintañeros Enzo, Filippo y Giacomo, y la aglutinadora, magnética Biba, abogada, con una moral sexual bastante laxa, pues es novia (más o menos) de Giacomo (el más reflexivo del grupo), a la vez amante, con prácticas sadomasoquistas incluidas, de Filippo



(dueño de un taller de reparación y venta de bicicletas) y avasalladora sexual del más apocado Enzo (diseñador gráfico e ilustrador), su mejor practicante del *cunnilingus*.

Mientras ese 20 de julio Biba emprende un viaje del que los otros desconocen el destino, los tres amigos (identificados por una sigla: GEF) huyen de la hirviente Roma para acercarse a la costa pontina para gastar el tiempo como más les gusta hacer: su versión moderna del *dolce far niente*. En una especie de *road movie* que se alarga en las horas del viaje y luego acapara las de la estancia en la localidad (cena y fiesta incluidas), los personajes van deslizándose sus opiniones sobre lo humano y lo divino, porque transitan desde el estado de las carreteras y el urbanismo de la zona hasta la existencia de Dios, pasando por la globalización y la decadencia europea, aunque siempre recalando en lo más trascendente: el vacío al que se están

asomando sus vidas. La banalidad como forma de existencia de la que no saben —o no pueden o no quieren— escapar.

Hacia el último tercio de la novela, Pecoraro hace aparecer a Biba y revela su destino: Génova, donde —sin saber muy bien por qué— participará en la manifestación antiglobalización, un evento que derivará en una experiencia traumática: la de ver con sus ojos la represión más brutal que puede ejercer el poder e, incluso, sentir en su rostro el vapor del miedo a morir y, como colofón, ser testigo de una muerte (histórica, real), la del joven Carlo Giuliani luego de recibir un disparo en el rostro.

Para conseguir una interiorización en los modos de entender la vida de estos cuatro personajes, el narrador de Pecoraro se mueve de uno a otro a veces sin marcar alguna ruptura en la continuidad pues entra y sale de una subjetividad para penetrar en otra. Así, a la vez que comenta sobre realidades

Marcha contra la cumbre del G8, en Génova el 21 de julio de 2001. GIORGIO COSULICH DE PECINE (GETTY)

“Los personajes van deslizándose sus opiniones sobre la globalización, la decadencia europea y el vacío al que se asoman

circundantes concretas, entra en asuntos de actualidad política, económica, social, e incluso lingüística, como es el carácter del idioma italiano romano y de los dialectos de los grupos juveniles. Y lo hace en ocasiones con un discurso directo, de patente tono ensayístico.

Cuando Biba regresa, medio traumatizada, quizás cambiada tras su experiencia con la muerte, Pecoraro ya nos ha dicho que para sus personajes “El presente escapa a su juicio; avanzan inseguros como por encima de una capa de hielo” hacia “un futuro imposible de planificar y difícil de gestionar (que) les fascina y por el que sienten rencor”, para casi al final de la novela rematar la reflexión que parece animar el sentido último de la obra cuando Biba les espeta: “Ahora mismo no existe una sola idea por la que merezca la pena correr el riesgo de que te maten... Creo que lo único que importa es vivir; porque si estás muerto estás muerto y punto... el mundo no notará tu ausencia y la gente utilizará tu muerte con fines políticos... lo malo es que al llegar el fin de semana esa gente se irá a la playa...”.

Lo único que importa es el verano se convierte en una dolorosa introspección en el destino generacional de una hornada europea, primer mundista, privilegiada en muchos aspectos, que ha perdido sus nortes presentes y futuros, asediados por la perversa realidad de una época que parece proscribir las ideologías y, con ellas, las utopías que se propusieron la búsqueda de un mundo mejor y más justo. Comienzan los auges de las derechas que se van concretando en ese universo que ha alcanzado un notable nivel de bienestar, un tiempo en curso que también encuentra en GEF y Biba y en su incapacidad de comprometerse, el sustento que le hace crecer.

Novela aleccionadora que, aun con los reparos estilísticos y argumentales que podría anotarle, revela una dramática realidad que se remite a julio de 2001 pero que también transcurre, quizás con más potencia, en este verano de 2025. Nuestro presente.

Lo único que importa es el verano

Francesco Pecoraro

Traducción de Carmen Torres García
Periferia, 2025. 208 páginas. 19 euros